



Mi estancia en Florencia es uno de mis mejores recuerdos. En las lunas de gozar de aquella luz, de aquellos colores, de todo el encanto de los paisajes y de los museos, con una ternura constante en el corazón. Escribir a ti mi estancia era para mí un placer muy sencillo y muy sincero, el cual me complacía en concretar en placer artístico y complicado.

Me estabas ya en educar el alma infantil de mi prometida, le hacías ver, chascadone, todos los deberes que ella tendría que llenar, todas las distracciones que probablemente le esparcían. Después procuraba hacerla pensar, me describía y analizaba con una muy fresca modestia, en fin, yo la interrogaba respecto de ella misma, de su respeto de su pasado, de su carácter y de sus proyectos para el porvenir, sin pedantería (si me nos fué mi juicio) con frases de carño, con ternuras inventadas y requiebros ingeniosos. Y la idea de que la madre Santa Agata lea mis cartas, me hacía esmerarme en escribirlas.

Creo que, por el contrario, la misma idea perturbaba a la pobre Lydia. Me respondía como una ovejuna sumisa, decía y me decía: Te dio la al fin de uno de tus cartas este pedo scriptum.

La madre Santa Agata dice que no soy fogoso en mis cartas; ay, amigo mío tengo una gran energía para escribirte cartas, pero no sin dadas muy bien juradas para saber expresarme.

Una vez le escribí, hipócritamente, que yo tenía no tener una fe religiosa muy firme, y que yo me iba a tirar a la mar, como si yo quisiera escapar de mi pequeña prometida, pero ella me respondió:

"Amigo mío, lo que me decis no me inquiete absolutamente, sino demasiado bueno para no ser cristiano."

Volví de Florencia. Suprimo la descripción de nuestras primeras entrevistas, siempre templadas por la presencia, siempre agradable y tierna, de la madre Santa Agata. Me acordaba de ella con tanta ternura, como si yo la hubiera conocido, y se celebraba, por permiso especial de Monseñor, en la capilla del convento.

No sé, dije a Lydia, cómo dar las gracias a las buenas madres. Me parece que yo me recibí con más alegría y esperanza aquí, que en la capilla donde se reunían los fieles orado y vivido mucho. Y además, nuestro matrimonio es el convento legítimo de vuestra vida futura con vuestra vida pasada, pasareis de la una a la otra sin cambio de lugar; será también una penitencia para yo ser vuestro marido, yo recibiré completamente perdonada con la atmósfera del convento, de manos de la madre Santa Agata.

Esperando el día feliz me instalé en un hotel de Tours, y todos los días iba al convento de la hora en que las penitencistas estaban en estudio. Venía a Lydia en el "locutorio chico", bajo la vigilancia de la madre Santa Agata, que me recibía con tanta ternura y me hacía ver la importancia de mi presencia en mi futuro y para los Oficios de escritura en correspondencia durante ese tiempo. Ese "locutorio chico" tenía una limpieza y unos blancos admirables. Estaba sobre las chimeneas la virgen de Delapalme, sostenida en sus brazos por dos ángeles, y debajo una cruz. Sobre un ángulo en una columna, estaba una muñeca con el uniforme del convento; y en las paredes San Agustín y Santa Mónica de Ayl Scheffer y Las Santas Mujeres de San Delforato. Estas imágenes, de una elegancia fría, limpia y sencilla, estaban allí como en su casa. A lo largo de las paredes, tapizadas con papel blanco sembrado de flores nevadas, estaban alineados sillones tapizados de punto pequeño un poco empastado, y las sillas tenían unos grandes cortinas de muselina blanca, pliegadas simétricamente. Y la madre Santa Agata, con su corseta (1), de un blanco crudo, y un faldón de una blusina más tenue, era siempre la "ama" que necesitaba ser o sea, sólo padre y blanco.

Yo era feliz, hablaba mucho y recibía mi viaje, o bien, interrogaba a Lydia. "¿Eres más juiciosa de la pensión a Ténia, ¿verdad no?" Como se llamaban sus amigos. Su nombre que había repetido muchas veces al año anterior, el día de Santa Dorothea, el José de Mehl, y que Lydia desahogó en

papel de ministro de Pataco, con una gran baba negra. . . . . Pero continuábamos Lydia, molesta por la presencia de la hermana que, no sé, por qué no me desagradaba, respondía a mis preguntas. "Preguntad a la madre Santa Agata", de manera que yo hablaba mucho más con la religiosa que con mi prometida.

Ohi y nos entendamos perfectamente la madre Santa Agata. Yo estaba encantada del curso de literatura francesa en la "disca-grado". Hablábamos de enseñanza y diciéndonos los métodos nuevos, era muy inteligente y no creía mucho en el poder de los programas ni en la necesidad de aprender nada quíntica. Un día supo que, cuando ella muy joven aún, había vivido con frecuencia y tratado con intimidad al padre Lacordaire y al conde de Montalembert; una vez impudica por mí, no se agotaba la materia. Lydia nos unaba y algunas veces se ponía muy triste; entonces yo la decía:

"Nuestras conversaciones os fastidian, ¿no es así? Vamos, cantadme una pieza por que aún no os he oído cantar."

Porque Lydia sabía todas las canciones de moda en un momento, y cuando yo le hacía rogar un poco, después cantaba dulcemente y a media voz:

Melchor y Baltasar, Del Afrón habí llegado, Melchor y Baltasar, Del Afrón habí llegado con el Rey Gaspar, etc.

Sin explicárselo, yo trataba a Lydia como a una niña, y cuando hablaba de algo serio, me dirigía involuntariamente a la madre Santa Agata.

El día para mí exquisitas estas conversaciones, tanto más exquisitas, cuanto que yo conocía entonces un volúmen de crítica mezclada con fantasía, en donde empleaba lo más que podía el venetianismo, el impresionismo y el sarcasmo parisiense, en conjunto con la energía de su pensamiento y con frecuencia, desde la lectura de algunos libros perversos y negro iba yo a estas entrevistas puras y blancas.

Un día la madre Santa Agata, me preguntó de repente:

"¿Y a qué va más, señor Borthier?"

"¿Iré si os agrada, madre."

"Ciertamente no agradais mucho."

"¿Iré pues, está convenido."

"¿Qué tenéis, mi pequeña Lydia?"

"Oh! nada. . . pero por qué prometiste a la madre a no a mí?"

Y sonrió tristemente al decirlo, y yo no supe qué contestar.

El día siguiente Lydia llevó una obra de tapicería.

"Oh! dije yo, he aquí una jovencita muy laboriosa."

"Ay! respondió, yo no sé hablar; esto le haré el caso de mi conversación. La Hermana, con su mecedora, frías las "excitaciones" de las alumnas que figuraban en el "cuadro de honor". Me dijo que tenía también un "cuadro de honor" donde estaban retratados los "deberes de la mujer" que yo había escrito. Los niños que me quedaban le hicieron traer un poco; pero al fin prometí enseñárselo, con la condición de que sería yo muy indulgente.

Al punto de retirarme: "Y bien, dije a la Hermana, hasta mañana, y no olvidéis el día de mañana."

Y como el abrazar a Lydia y yo que tenía los ojos llenos de lágrimas, la pregunté:

"¿Lloras, Lydia? ¿Por qué lloradme en algo?"

"Yo me miró triste y largamente y su mirada era de una mujer y no de una niña."

"Estáis bien seguro, me pregunté en voz baja, de que es así por mí, por que quiero."

Toda la tarde y toda la noche me preguntó la pregunta de Lydia. Me había reído un poco al pensar el fondo de mi corazón. Comprendí con una turbación inexplicable, que hacía algún tiempo en efecto, que yo iba por el camino de la vida, y que el momento de la inocencia mi prometida estaba agotado. . . . . Si estaba concluido y bien concluido.

Me tuve a volver al convento al día siguiente ni los días.

Me acordaba del día.

No lo sé, porque no he vuelto nunca. (Le Fígaro).

ORITERO DE LA TERAPEUTICA HOMOPATICA.

Interesante a las madres de familia. La Medicina es el arte de curar.

En arte, científicamente lo llaman Te terapéutica.

Segun Barthez, la terapéutica es la ciencia de las indicaciones.

Esa definición está muy conforme al espíritu de la escuela Hahnemanniana, pero está muy lejos en la esencia, puesto que en la escuela médica oficial no hay indicaciones positivas, no hay materia médica pura como la tiene la Homopatía.

De allí se deduce la generalización tan cómoda pero absurda, de todas las medicinas específicas basadas sobre teorías estadísticas acerca de enfermedades.

Si quisieramos dar una ojeada a la clasificación que nos hace de los medicamentos el profesor Lieutaud, podríamos ser muchos pensados a los mismos médicos.

Nosotros aquí pretendemos hacer descollar la terapéutica Homopática basada sobre una materia médica pura. Al criterio de ella y a la filosofía de su principio.

La sana filosofía de la Homopatía, admite humildemente que hay una vida de la criatura humana, misterios indefinibles.

El materialismo, cuyo positivismo mata el primero, base filosófica de la escuela oficial; por el contrario se la hacen conocer muy lejos en la esencia, puesto que en la escuela médica oficial no hay indicaciones positivas, no hay materia médica pura como la tiene la Homopatía.

Puede decirse, según Españet, que otro que establece con él, de modo que lo opere el que se encuentra presente.

Se va en infeliz muy contento y no sabe que por equivocación ha tomado un veneno que se llama el opio.

El quinto día un grito, huyéndose las manos al estómago.

Venga usted al cuarto; dijo el doctor, ahí se le habrá el contravencido.

La madre del pueblo que iba a contrar matrimonio, fué a confesarse con el párroco, que enterado de sus propósitos le hizo varias preguntas sobre la doctrina cristiana.

Erán tan grandes su estupidez e ignorancia que el cura le enseñó a leer el catecismo de la doctrina.

El novio, muy afligido, fué un día de su madre, a quien refirió el caso: ésta para aplacar al párroco, se presentó en su casa, haciéndole varias relaciones.

Señor, exclamó el sacerdote; ese muchacho es un leño; fígrese usted que me ha contestado que no sabía nada de la muerte de Jesucristo.

La buena mujer, aliviado de demostrarle los ojos, y en señal de su rostro le usó vna sorpresa, dijo:

Ha muerto Jesucristo! Pues nosotros no sabemos ni tan siquiera que estuviese muerto.

Entre en casa de una señorita a quien galanteaba, un joven y sólo se encontró a la abuela de aquella.

Principió a hablar de los tiempos de Littrigury, de Carlos IV, y otros por el estilo.

Por que me habia usted de eso! preguntó la anciana.

Por que es cosa que usted conoce muy bien.

Entonces yo le hablaré a usted de la mala educación que hoy se da a los jóvenes.

Asensal.

que la fuerza vital triunfa de por sí sola. En otros términos, la Espequestración.

La Medicina Homopática en fin es la Medicina Científica.

Pues es, y debe ser la Medicina del Pueblo.

Delante de la enfermedad todos somos iguales.

Los médicos Homopatas, profesan la misma doctrina, se sirven de los mismos métodos, no puede haber disparidad de principio entre ellos. Individualizan la enfermedad y la tratan.

No puede haber error entre los Homopatas, gracias a sus leyes y a su principio fundamental.

Si todos las madres hacen tesoro de semejantes virtudes, la enfermedad no diezmará sus niños principalmente, y tendremos la satisfacción de haberlos servido de la Ciencia que el progreso os pone al alcance.

J. R. Montfort.

Al calor del hogar

Si hace usted triunfar mi candidatura en las próximas elecciones Ayuntamiento el nombre inspector de alcantarillas.

Un quinto que alegaba ser ordo, aun cuando ota cruz la yerba, estuvo más de dos meses en observación al Hospital Militar, asiendo triunfante de cuantas ingeniosas pruebas se le hicieron.

Y luego a modo de despedirse, pero uno de los médicos, que tenía alguna sospecha, dijo otro que estaba con él, de modo que lo opere el que se encuentra presente.

Se va en infeliz muy contento y no sabe que por equivocación ha tomado un veneno que se llama el opio.

El quinto día un grito, huyéndose las manos al estómago.

Venga usted al cuarto; dijo el doctor, ahí se le habrá el contravencido.

La madre del pueblo que iba a contrar matrimonio, fué a confesarse con el párroco, que enterado de sus propósitos le hizo varias preguntas sobre la doctrina cristiana.

Erán tan grandes su estupidez e ignorancia que el cura le enseñó a leer el catecismo de la doctrina.

El novio, muy afligido, fué un día de su madre, a quien refirió el caso: ésta para aplacar al párroco, se presentó en su casa, haciéndole varias relaciones.

Señor, exclamó el sacerdote; ese muchacho es un leño; fígrese usted que me ha contestado que no sabía nada de la muerte de Jesucristo.

La buena mujer, aliviado de demostrarle los ojos, y en señal de su rostro le usó vna sorpresa, dijo:

Ha muerto Jesucristo! Pues nosotros no sabemos ni tan siquiera que estuviese muerto.

Entre en casa de una señorita a quien galanteaba, un joven y sólo se encontró a la abuela de aquella.

Principió a hablar de los tiempos de Littrigury, de Carlos IV, y otros por el estilo.

Por que me habia usted de eso! preguntó la anciana.

Por que es cosa que usted conoce muy bien.

Entonces yo le hablaré a usted de la mala educación que hoy se da a los jóvenes.

Asensal.

Cartas de Oaxaca

Oaxaca, Noviembre 6 de 1885. Sr. Don Placido Mata. México.

Querido amigo:

En los números 53 y 54 del Socialista, fechas 23 y 30 del próximo pasado, he visto que aparecen reducidos se compra con un interés verdaderamente humanitario, de defender los derechos individuales de sus paisanos los chiapanecos que, víctimas de la codicia inasacuable de algunos ricos de aquel Estado, sufren toda clase de vejaciones, como si no fueran de la misma raza.

Digna de todo elogio es la conducta que se han impuesto los redactores; y al tomar yo la pluma para coadyuvar esos atentados que tanto más odian en la presente época, me con

grato sobre manera en contribuir de algún modo a la defensa, la tución, de una causa tan justa y tan noble.

Los médicos Homopáticos en fin es la Medicina Científica. Pues es, y debe ser la Medicina del Pueblo. Delante de la enfermedad todos somos iguales.

Los médicos Homopatas, profesan la misma doctrina, se sirven de los mismos métodos, no puede haber disparidad de principio entre ellos. Individualizan la enfermedad y la tratan.

No puede haber error entre los Homopatas, gracias a sus leyes y a su principio fundamental.

Si todos las madres hacen tesoro de semejantes virtudes, la enfermedad no diezmará sus niños principalmente, y tendremos la satisfacción de haberlos servido de la Ciencia que el progreso os pone al alcance.

J. R. Montfort.

Los hechos ocurridos últimamente, así a beneficiar de los que gobiernan el Estado de Chiapas, según se dice, puestas por el presidente de nuestro paisano el Sr. Ramirez y por eso yo que, celoso del buen nombre de los chiapanecos, me tomo la libertad de llamar su atención sobre los hechos que los ricos propietarios de nuestro territorio que yo sé a cargo, especialmente en Pichucal, Simulapet, Palenque, cuyas propiedades, según noticias que tengo, están en posesión de un mal jefe de policía que en el trato ordo, que dan a los indígenas que trabajan en dichas fincas.

De otro modo sería a comprender, que sólo algunos de los señores públicos por el bien particular y no por buscar lo que se quiera en contrario tanto solicitan de nuestra protección.

De separarse es que el Sr. Gobernador de aquel Estado escuchó mi voz, mandando prolevar la averiguación de los hechos, y suponiendo que los señores de los autores de los abusos que denuncia El Socialista.

Quisiera yo, señor director, estar presente de este asunto y dar cuenta al público con lo que liengo a mis noticias. Entre tanto, me repito muy afectivo y S. S.

NOVA.

SUMARIO.—La esclavitud en Chiapas.—Pruebas.—Documentos oficiales.—Exposición de la prensa de la República.

Oaxaca, Noviembre 6 de 1885.

Habiendo el Sr. Onofre Velasco del trabajo en el cura de Derecho Constitucional, dice: El trabajo todavia hay legeros de la República.

Señor, exclamó el sacerdote; ese muchacho es un leño; fígrese usted que me ha contestado que no sabía nada de la muerte de Jesucristo.

La buena mujer, aliviado de demostrarle los ojos, y en señal de su rostro le usó vna sorpresa, dijo:

Ha muerto Jesucristo! Pues nosotros no sabemos ni tan siquiera que estuviese muerto.

Entre en casa de una señorita a quien galanteaba, un joven y sólo se encontró a la abuela de aquella.

Principió a hablar de los tiempos de Littrigury, de Carlos IV, y otros por el estilo.

Por que me habia usted de eso! preguntó la anciana.

Por que es cosa que usted conoce muy bien.

Entonces yo le hablaré a usted de la mala educación que hoy se da a los jóvenes.

Asensal.

Cartas de Oaxaca

Oaxaca, Noviembre 6 de 1885. Sr. Don Placido Mata. México.

Querido amigo:

En los números 53 y 54 del Socialista, fechas 23 y 30 del próximo pasado, he visto que aparecen reducidos se compra con un interés verdaderamente humanitario, de defender los derechos individuales de sus paisanos los chiapanecos que, víctimas de la codicia inasacuable de algunos ricos de aquel Estado, sufren toda clase de vejaciones, como si no fueran de la misma raza.

Digna de todo elogio es la conducta que se han impuesto los redactores; y al tomar yo la pluma para coadyuvar esos atentados que tanto más odian en la presente época, me con

grato sobre manera en contribuir de algún modo a la defensa, la tución, de una causa tan justa y tan noble.

